

Reportaje

La mujer y el abuso LCC. Martha González Cohen

María, es una mujer de 45 años. Desde su infancia se ha desenvuelto en un ambiente hostil, lo que ha convertido su vida en un círculo vicioso de violencia y abuso; donde ella se ha convertido en víctima y verdugo.

Pareciera que es una historia de novela adaptada para televisión o cine, algo muy alejado de nuestra vida, de nuestra realidad. ¿Por qué una mujer que ha sido víctima termina convirtiéndose en verdugo? Es necesario partir del concepto de abuso para comprender a qué me refiero.

Abuso, etimológicamente proviene del latín “abusus”, de “ab” que significa: contra y “usus” que quiere decir: uso, es decir, un uso contrario al correcto o indicado. Abusa de un derecho quien utiliza el mismo en forma excesiva, extralimitada, impropia o injusta, causando perjuicios a terceros.

El abuso físico es el más conocido. Esta forma de abuso incluye sacudir, sofocar, empujar, golpear, patear, acuchillar, amputar, jalar el pelo, provocar la desnutrición. No es el único que se experimenta, tampoco es el que más destaca en las estadísticas. En el caso particular de las mujeres, existen distintos tipos de abusos, los más comunes son: abuso emocional, abuso verbal, abuso sexual, abuso físico y abuso económico.

Los que ocupan los primeros lugares en las estadísticas son primero el abuso emocional y segundo el económico.

El abuso emocional consiste en agresiones como insultos, amenazas, intimidaciones, humillaciones, burlas, etcétera, que aunque no inciden directamente en el cuerpo de la mujer, sí le ocasionan daños progresivos a su mente al afectarla psicológicamente. La violencia emocional se manifiesta de diversas formas, unas consideradas más serias o severas que otras, que pueden ser moderadas. Entre las más serias se encuentran las amenazas de muerte por parte del cónyuge o pareja contra la mujer, contra los hijos o contra uno mismo, así como la intimidación a la mujer cuando su pareja la amenaza valiéndose de armas u otros objetos cuyas características los hacen potencialmente letales. Entre las moderadas se cuentan los insultos, humillaciones, burlas, chantajes psicológicos, la ausencia de apoyo, cariño o ayuda, así como otras actitudes destructivas. Casos todos que no ponen en peligro la vida de la mujer, pero que en el plano emocional pueden ser trascendentes, al dañar y deteriorar su personalidad.

Se entiende por abuso económico, "el chantaje que el hombre puede ejercer sobre la mujer a partir de controlar el flujo de recursos monetarios que ingresan al hogar, o bien, la forma en que dicho ingreso se gasta". El esposo se ha gastado el dinero que se necesita para la casa. Él se ha adueñado o le ha quitado dinero o bienes. Le ha prohibido a ella trabajar o estudiar. Entre los incidentes de violencia económica, el que le ocurre a más mujeres se refiere al reclamo que les hace su esposo acerca de cómo gastan ellas el dinero.

La marginación que las mujeres viven tiene su principio en el abuso y la violencia que sobre ellas existe. Este es un problema que no concierne a una sola raza, país o cultura, es una situación que vivimos a nivel mundial y que no respeta condición.

Cuando una mujer vive en circunstancias de abuso o violencia no es la única que padece los estragos de esta situación, el abuso afecta a las familias enteras, en la mayoría de las ocasiones son afectados tanto la mujer, como sus hijos.

En México, de cada 100 mujeres el 47.1% vive en condiciones de violencia. Algunas de ellas no sólo de un tipo, hay quienes viven todos. Los números pueden parecer fríos, pero son una realidad. ¿De dónde surge todo este problema? ¿Cuáles son sus raíces?

María Esther y Elia María Barnetche explican el origen del abuso en su libro “Libre de Abuso”, y dicen lo siguiente: “*mucho del sufrimiento de nuestra vida no es necesario para nuestra condición humana sino que se deriva de una herida primaria realizada contra lo más profundo de nuestra esencia humana.*”

Lamentablemente, desde el inicio de nuestra vida estamos expuestos a situaciones de abuso o violencia: cuando somos niños y nos desarrollamos en un entorno donde hay este tipo de manifestaciones por parte de los padres o las personas encargadas de la educación y el bienestar de los niños, se empieza a marcar la forma como percibimos este problema. Esta herida - de la que las autoras hablan - constituye una transgresión que sufrimos en diversas formas, dejamos de ser tratados como seres humanos para convertirnos en objetos.

Cada día nos hacemos más conscientes de esta problemática, se toman cartas en el asunto desde las diversas instituciones que forman nuestra sociedad. Es así como el gobierno en su lucha por dar solución y canalizar a las mujeres que sufren de abuso, crea albergues donde pueden ser atendidas en situaciones extremas. En la iniciativa privada, las asociaciones civiles aportan a este problema también albergues y grupos de apoyo que dan a estas mujeres ayuda cuando atraviesan por esta situación.

Cuando realmente conocemos lo que está pasando y reconocemos nuestra responsabilidad en el problema, podemos buscar soluciones que nos hagan sentir mejor y cambiar la perspectiva de nuestra vida.

Cuando somos pequeños no hemos desarrollado la capacidad para aceptar lo bueno y desechar lo malo, aceptamos como real aquello con lo que nos identificamos. Si nos identificamos con nuestros padres o con aquellos de quienes dependemos o admiramos y ellos son agresivos, entonces tomaremos esa agresión como merecida independientemente de las molestias que nos pueda causar. Al paso del tiempo repetimos el patrón de conducta y cuando nos encontramos en una situación de dominio o poder ante alguien, nos convertimos automáticamente en agresores.

Muchas mujeres sufrieron abuso de su padre y madre; al momento de elegir una pareja buscan un hombre con las mismas características y ellas terminan repitiendo el patrón de conducta de la madre. Es casi inconsciente el actuar como hemos estado acostumbrados toda nuestra vida, sólo se cambian los papeles. Así se genera el círculo vicioso.

El abuso contra la mujer es producto de la desigualdad social, económica y política. Las actitudes tradicionales y la estructura jerárquica de la sociedad han apoyado el dominio del hombre y la sumisión de la mujer. La ira y la agresividad se consideran maneras adecuadas de resolver conflictos, especialmente para los hombres. Las tradiciones sociales y legales también han permitido que el abuso contra la mujer sea tratado como cuestión privada dentro del hogar familiar.

La conducta abusiva no es producto de deficiencias individuales, personales o morales, de enfermedades, de insuficiencia intelectual, de adicciones, enfermedad mental, pobreza, de

la conducta de la otra persona o de acontecimientos externos. Los perpetradores actúan con base en un conjunto de creencias y actitudes sobre cómo deben relacionarse hombres y mujeres en relaciones íntimas. Los hombres abusivos generalmente creen que tienen el derecho de obligar a sus parejas femeninas a obedecer su voluntad. La decisión del abusador de recurrir a cualquier forma de abuso es completamente independiente de las acciones de la víctima.

Cuando analizamos la problemática y buscamos respuestas, encontramos que en la gran mayoría de los casos la herida que sufrimos de niños es tan profunda que no sabemos cómo curarla. Cuando se nos hiere de niños se nos separa de nuestra esencia. Y crecemos como podemos, sin lograr ser realmente quiénes somos.

Una mujer pasa de víctima a verdugo cuando ha perdido por completo el control de sí misma, en la mayoría de las ocasiones la violencia la aplica contra sí misma, pues está desvalorizada y con baja auto-estima. Nos acostumbramos a vivir de esta manera y en muchos de los casos la mujer cae en depresión y se olvida por completo de su felicidad. Es necesario buscar solución a este problema. El abuso, por más invisible que parezca, existe y la puede afectar a nivel físico, emocional, espiritual, sexual y económico. Puede también afectar el bienestar de cada miembro de la familia.

Aprender a poner límites, implica iniciar a solucionar la situación que se está viviendo. Una vez que tomamos la decisión podemos saber si cambiamos el escenario o nos quedamos en lo mismo. Buscar ayuda es el primer paso, es muy importante perder el miedo y hacer lo necesario por lograr la propia seguridad, el bienestar personal y de los seres que dependen de nosotros.